

PASIONES
DEL CORAZÓN

Consejería
bíblica para
pecados sexuales
recurrentes

JOHN D.
STREET


P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

©2025 por P&R Publishing

Traducido del libro *Passions of the Heart: Biblical Counsel for Stubborn Sexual Sins* ©2025 por John D. Street, publicado por P&R Publishing.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema portátil, o transmitida en ninguna forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otra índole—, a excepción de citas breves para el propósito de revisar o comentar, sin el permiso previo de la editorial P&R Publishing Company, P.O. Box 817, Phillipsburg, New Jersey 08865-0817.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright©2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com.

Las citas de las Escrituras marcadas como (NVI) son tomadas de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL® NVI® ©1999, 2015, 2022 por Biblica, Inc.® Usado con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las citas de las Escrituras marcadas como (NTV) son tomadas de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, ©Tyndale House Foundation, 2010. Todos los derechos reservados.

Las citas de las Escrituras marcadas como (RVR1960) son tomadas de la Santa Biblia Reina-Valera 1960® ©Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado ©Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso.

Las cursivas incluidas en las citas bíblicas indican que se ha añadido énfasis.

Traducción: Rodrigo Hinojosa, Querétaro, México

Corrección de estilo: Stephanie Ann Michel Kopterski, Vancouver, WA

Diseño de portada y maquetación: Francisco Adolfo Hernández Aceves, CDMX, México

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN: 979-8-88779-160-9 (Español tapa blanda)

ISBN: 979-8-88779-161-6 (Español libro electrónico)

ISBN: 978-1-62995-402-8 (Inglés tapa blanda)

ISBN: 978-1-62995-403-5 (Inglés libro electrónico)

Este libro está dedicado a cristianos con luchas en la batalla de la pureza, con la esperanza de que encuentren un cambio permanente hacia la semejanza a Cristo. También está dedicado a los consejeros bíblicos que anhelan utilizar las Escrituras para ayudar a aquellos que sufren en esclavitud a los pecados sensuales.

Solus Christus

CONTENIDO

Prefacio 9

PRIMERA PARTE

LA NATURALEZA DEL CORAZÓN Y SUS PASIONES

1. Cómo preparar el corazón para el cambio 17
2. La idolatría del corazón y la sexualidad 45
3. La idolatría del corazón y la esclavitud sexual 81
4. La idolatría del corazón y las pasiones profundas 111

SEGUNDA PARTE

LAS MOTIVACIONES DE LA IDOLATRÍA SEXUAL

5. Consolando a los ídolos dolidos de la pasión 141
6. Alimentando a los ídolos hambrientos
de la pasión 177
7. Una prueba de esfuerzo bíblica 209

TERCERA PARTE

LAS CARACTERÍSTICAS DE UN CORAZÓN PURO

8. Los prerequisites críticos para un corazón puro 221
9. Las fuentes de pureza para un corazón puro 249
10. El deseo sexual de un corazón puro 275

Conclusión 297

Glosario 303

P R E F A C I O

Al salir de la oficina un día, me sorprendió encontrarme con un mapache joven en un árbol cercano, justo a la altura de mis ojos. Yo había salido mil veces por aquella puerta y jamás me había encontrado algo semejante. El animalito estaba perfectamente inmóvil, mirándome fieramente y al parecer esperando mi reacción. Un poco sobresaltado y sin saber qué hacer, me detuve en seco. ¡Era un callejón sin salida inesperado! Hasta que noté su desafortunado problema: su pata trasera derecha estaba atrapada del tobillo en la bifurcación de una rama, impidiéndole escapar. Mis emociones cambiaron de inmediato de un temor abrumador a una tierna compasión. Estaba enterado de que algunos de los mapaches del vecindario eran rabiosos, pero este se veía muy indefenso. De hecho, se veía desesperado, atemorizado y exhausto. Abrumado por la compasión, di un paso hacia él para ver si podía soltar con rapidez su patita de aquella situación irremediable y ayudarlo a seguir adelante. ¡Pero *no* le agradó mi idea! Incluso en su agotamiento, se irguió con un siseo intimidante, mostrándome sus colmillos blancos y puntiagudos como agujas. Di un brinco atrás, de momento agradecido de que fuera incapaz de lanzarse a atacarme. En ese momento, me di cuenta de que no era responsabilidad mía. Hacía falta un experto, un oficial de control animal, para ayudar a mi pequeño amigo mapache. Una hora más tarde, el Sr. Mapache había sido retirado con cuidado del árbol para que pudiera regresar seguro a la libertad.

Mi joven y temerario amigo mapache me recuerda a las muchas personas que he aconsejado a lo largo de los años cuando han sido descubiertas en algún pecado sexual recurrente. Estuvieron dispuestos a arriesgar muchísimo con tal de encontrar algún tipo de satisfacción sexual, solo para terminar atrapados en una red que se cerraba cada vez más sobre ellos. Puede que conozcas a alguien que está atrapado como aquel animal pequeño, o quizá seas tú el que ha caído en la trampa. Puede que hayas intentado todo a tu alcance para librarte del control que tiene sobre ti, pero lo único que has logrado con tus esfuerzos es afianzar ese control debilitante. Al leer estas palabras, te identificas con la impotencia emocional de estar desesperado, atemorizado y agotado. Entiendes personalmente las palabras de Salomón cuando describe la experiencia de una persona bajo esclavitud sexual: «De sus propias iniquidades será presa el impío, y en los lazos de su pecado quedará atrapado» (Pr 5:22). Esta servidumbre es real y letal.

La desesperación de mi pequeño amigo se intensificó cuando aparecí de repente y revelé su problema de forma inesperada. ¡Quedó aturdido! Los mapaches en general son criaturas nocturnas y les encanta la oscuridad. La máscara tenebrosa alrededor de sus ojos solo intensifica su infamia como ladrones nocturnos sigilosos. Sin embargo, ahora estaba atrapado a plena luz del día y no podía hacer nada al respecto. No había forma de negar o de ocultar su problema. De manera muy similar, puede que te hayan descubierto en pecado sexual mientras intentabas mantenerlo secreto y bajo el abrigo de la oscuridad. Puede que, como Adán y Eva, hayas intentado camuflarlo, cubriéndote en sentido figurado con hojas de higuera y delantales cuando te confrontaron con tu pecado. Pero tu pecado ahora ha sido expuesto tal y como es. Te ves obligado a lidiar con él y a decidir si andarás o no en la luz (1 Jn 1:6-7). Has intentado encubrirlo y negarlo, incluso a ti mismo, pero ahora sabes que estas en serios problemas. ¡Necesitas ayuda verdadera!

Cuando intenté ayudar a aquel mapache pequeño, se enojó y se puso agresivo. ¡Parecía que quería atacarme! Yo solo estaba

intentado librarlo de sus ataduras, pero él percibió mi acercamiento como una amenaza. Nada se quedaba más corto de la realidad. Yo no tenía la intención de hacerle daño alguno. ¿Acaso alguien que conoces puso este libro en tus manos como un acto de bondad, compasión y ayuda? Si es así, ¿cuál ha sido tu respuesta? ¿Has reaccionado a este gesto como el Sr. Mapache, poniéndote a la defensiva y actuando como si su bondad fuera una amenaza? En respuesta a su intento por transmitirme verdades eternas y vivificantes y por darte la ayuda que tanto necesitas para librarte de la esclavitud a tu pecado, puede que le hayas dado la espalda. Si pagas con mal a una persona que solo está intentando hacerte bien, Dios tiene una advertencia para ti: «Al que devuelve mal por bien, el mal no se apartará de su casa» (Pr 17:13; cf. 2 S 12:10). Ponerse a la defensiva, ofenderse con facilidad y buscar proteger ese pecado precioso que tratas como a un hijo no cambiará tus peligrosas circunstancias. Esta actitud de temor y el endurecimiento de tu corazón solo te alejarán más de la verdadera ayuda que necesitas para librarte del control del pecado. Necesitas orar para que nuestro Señor te dé la gracia de un espíritu enseñable y que esté dispuesto a aceptar ser ayudado de manera bíblica, sincera y cariñosa.

Considera con cuidado las acciones del rey David después de su terrible pecado de acostarse con una mujer que no era su esposa y de embarazarla (2 S 11:1-21). Él intentó hacer que Urías, el fiel marido de ella, regresara a su casa después de estar en la guerra para acostarse con su esposa y que creyera que el niño era suyo. Sin embargo, Urías, leal a su rey, se negó a abandonar la batalla. Esto fue especialmente notable porque Urías era hitita, no un israelita de nacimiento, sino un gentil temeroso de Dios. Sin embargo, él se había consagrado a servir al Señor y al rey de esta manera, mientras David estaba decidido a servirse a sí mismo. Qué contraste tan marcado: un gentil que servía al Señor y un israelita de alto rango que lo desobedecía. Después de que David ordenó que Urías fuera asesinado en el campo de batalla, él tomó con engaños a Betsabé como esposa, una clara evidencia de su

amor propio y de infidelidad a su Señor. El pecado de David con Betsabé fue detestable en sí mismo, pero el homicidio de Urías amplificó la fealdad de su pecado sexual. Al final, David se arrepintió de corazón después de ser confrontado con su pecado por el profeta Natán. Parte de su arrepentimiento incluyó esta oración a Dios, pidiendo un corazón enseñable.

Líbrame de delitos de sangre, oh Dios, Dios de mi salvación,
 Entonces mi lengua cantará con gozo Tu justicia.
 Abre mis labios, oh Señor,
 Para que mi boca anuncie Tu alabanza.
 Porque Tú no te deleitas en sacrificio, de lo contrario
 yo lo ofrecería;
 No te agrada el holocausto.
 Los sacrificios de Dios son el espíritu contrito;
 Al corazón contrito y humillado, oh Dios, no despreciarás.
 (Sal 51:14-17)

David se dio cuenta de que Dios quiere un «espíritu contrito» y un «corazón contrito y humillado». Antes de esto, no había estado dispuesto a recibir ayuda ni consejo. Seguía intentando encubrir su pecado. Puede que tú estés como David, todavía intentando encubrir tu pecado, pero ¡es momento de arrepentirte! Para hacerlo, primero debes tener un «espíritu contrito» y un «corazón contrito y humillado». Tu corazón debe ser enseñable.

Cuando me topé con el Sr. Mapache afuera de mi oficina, no me tardé en descubrir que no tenía el equipo necesario para ayudarlo de verdad. Aunque tenía buenas intenciones y el deseo de ayudarlo, uno de nosotros —o quizás ambos— terminaría lastimado. Necesitaba llamar a alguien preparado para ayudar con este problema específico: en este caso, a los especialistas de control animal, que tenían todo el equipo adecuado y la experiencia para lidiar con animales salvajes y con este problema de una manera sensible. Salir de la esclavitud del problema que enfrentas con el pecado sexual exigirá mucho más de ti que buenas intenciones.

Necesitarás depender de la experiencia de la Palabra infalible y suficiente de Dios. Sus verdades transformadoras te otorgarán un cambio verdadero y restaurarán la pureza de tu vida. Deberás aprender a confiar en ella como en ninguna otra cosa.

Este libro se escribió para ser un recurso útil para entender y aplicar la verdad de Dios a esa esclavitud recurrente... ¡con el fin de librarte! Es la culminación de más de veinte años de estudio personal y de muchas horas de consejería. Lo he dividido en tres secciones principales. La primera tiene la intención de ayudarte a entender las complejidades de tu propio corazón desde una perspectiva bíblica. Es vital que comiences a ver tu corazón desde la perspectiva de Dios antes de poder avanzar y lidiar con sus anhelos y con la trampa de la lujuria. La segunda sección identifica ocho predisposiciones cruciales del corazón que facilitan la autoindulgencia y la esclavitud sexual pecaminosa. Uno de los errores más graves al lidiar con el pecado sexual es ignorar cómo las motivaciones del corazón tienden a dominar el pensamiento y el comportamiento. Es demasiado tentador pensar que el acto sexual en sí es el problema. Las Escrituras nos dicen que las motivaciones y las debilidades del corazón son mucho más complejas. La tercera sección busca mostrarte cómo puedes abordar de manera bíblica estas motivaciones que alimentan el pecado sexual. Se trata de la pureza de tu corazón y te muestra cómo la desdicha de la esclavitud sexual puede reemplazarse con la bendición de la pureza: «Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios» (Mt 5:8).

Debo señalar que todos los nombres que utilicé para los aconsejados, tanto en los casos prácticos reales como en los compuestos, son ficticios. Esto se hizo para proteger su privacidad individual.

También me gustaría resaltar que he escogido usar el género masculino al nombrar a los aconsejados. Esto ayuda a la congruencia del libro; sin embargo, el lector debe entender que mi intención es incluir también a las mujeres en el aspecto de los problemas sexuales. De manera similar, utilicé pronombres masculinos al escribir sobre los aconsejados solo con el fin de facilitar la lectura. Me parece muy pesado tener que leer una y otra vez

él/ella o *el hombre/la mujer*. Esto no implica, sin embargo, que el libro sea solo para los varones y para sus dificultades. De nuevo, espero que el lector aplique estas verdades y principios tanto a varones como a mujeres porque ambos géneros luchan con problema sexuales.

Por último, quisiera expresarles mi sincera gratitud a varias personas por su ayuda con este libro. Agradezco en especial a mi esposa, Janie, quien ha revisado minuciosamente este manuscrito para garantizar que mi gramática y terminología sean apropiadas para un tema tan delicado. Además, agradezco a Amanda Martin, Karen Magnuson y John J. Hughes de P&R Publishing por sus recomendaciones, ayuda y aliento al realizar este manuscrito. Durante las etapas finales del proceso de escribir este libro mi madre, Joan, fue llevada a la gloria. Aprecio en especial la gracia que se me dio al postergar la fecha de entrega de este manuscrito. ¡Gracias, John!

No me es posible expresar con palabras suficientes mi agradecimiento a mi Salvador, el Señor Jesucristo, por la gracia transformadora del evangelio, la cual es el fundamento de toda transformación crítica hacia la piedad en esta vida.

Soli Deo Gloria
John D. Street

PRIMERA PARTE
LA NATURALEZA DEL
CORAZÓN Y SUS
PASIONES

1. CÓMO PREPARAR EL CORAZÓN PARA EL CAMBIO

El corazón humano —el ser interior de aquel que fue creado a la imagen de Dios— tiene una naturaleza tan compleja que, durante siglos, ha sorprendido y confundido a los más grandes filósofos y teólogos. Invisible para el ojo físico, el corazón sigue siendo elusivo e incierto, y se requiere de mucho estudio y contemplación para entender sus pensamientos e intenciones. ¿Cómo puede uno conocer en verdad su propio corazón? Este enigma se vuelve evidente cuando un cristiano exasperado exclama: «¡No puedo creer que sea capaz de tener tales pensamientos!».

La naturaleza enigmática del corazón se revela con la pregunta retórica de Salomón: «¿Quién puede decir: “Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado”?» (Pr 20:9). Las Escrituras afirman que el corazón humano está oculto en lo profundo y es sumamente astuto: «Como aguas profundas es el consejo en el corazón del hombre, y el hombre de entendimiento lo sacará» (Pr 20:5). También se describe como deshonesto, calculador y poco confiable (Pr 6:12-14). Aquí, el corazón se describe con el término *consejo*. La palabra hebrea que se traduce «consejo» también puede traducirse «plan». A diferencia de la perspectiva que tiene el mundo del romance y de las emociones, la Biblia afirma que el corazón humano tiene un consejo, un plan.

Dicho eso, la característica más desconcertante del corazón es su capacidad para engañarse a sí mismo. Es normal que el corazón suponga que es mejor de lo que es; el corazón tiene la costumbre de creer en su propia inocencia y de presuponer la bondad de sus propias motivaciones. El corazón sufre una ceguera que él mismo se impone, la cual es endémica en su naturaleza por el efecto del pecado original. El corazón humano busca esconder sus intenciones malvadas y evita que se reconozcan o se expongan. Si sus propósitos salieran a la luz, la culpa provocaría una presión indeseada y obligaría un cambio de dirección fundamental. La gente no quiere cambiar cuando es autocomplaciente y está cómoda con su ambición autodefinida en la vida.

Hay voces bien intencionadas que te dicen que «confíes en tu corazón» o «sigas a tu corazón». Es probable que hayas escuchado o leído tales palabras desde niño. La tendencia más reciente de la sociedad hacia este peligroso consejo afirma que no podrás ser verdaderamente auténtico o genuino *sino hasta* que confíes en tu propio corazón. Confiar en tus sentimientos y permitirles dictar tus decisiones se ha convertido en el dogma actual. Esta cultura además dice que debes identificarte a ti mismo... ¡porque tu propio corazón nunca te engañaría! Según los pioneros filosóficos modernos, una realidad autodefinida es la única realidad digna de confianza. Esta construcción social de la teoría de la realidad afirma que no puedes confiar en nada externo a ti mismo. Solo puedes confiar en ti. No es difícil ver cómo esta tendencia hacia la ideología del «yo autodefinido» está provocando una cultura de indulgencia y gratificación propias. Eso es lo que sucede cuando el corazón se ensimisma y deja un desastre en su camino.

¿PUEDES CONFIAR EN TU CORAZÓN?

Para resaltar la importancia crucial de este asunto para el creyente, consideremos con cuidado algunas preguntas preliminares: ¿Cuánto debes confiar en tu propio corazón? ¿Puedes confiar en él siquiera un poco? Debes resistirte a la tentación de leer estas

preguntas sin considerarlas de verdad. Desde una perspectiva bíblica, el corazón es el núcleo de tu ser. Es el centro de control de tu vida. También podemos valernos de la etimología bíblica de la palabra *corazón* para hacer la pregunta: ¿cuánto confías *verdaderamente* en tus propios planes, propósitos, intenciones y motivaciones? Esta es una pregunta muy difícil de responder, en especial si eres un creyente sincero que busca ser totalmente honesto consigo mismo. Considera las palabras de Salomón cuando revela el peligro de conocerse a uno mismo: «Todos los caminos del hombre son limpios ante sus propios ojos, pero el SEÑOR sondea los espíritus» (Pr 16:2). Unos capítulos más adelante, escribe: «Todo camino del hombre es recto ante sus ojos, pero el SEÑOR sondea los corazones» (Pr 21:2).

Es evidente que las autoevaluaciones tienden a favorecernos demasiado a nosotros mismos, lo cual es una manifestación de orgullo. Al corazón orgulloso no le cuesta trabajo presentarse de maneras favorables. De hecho, es parte de su ceguera deliberada. En esencia, las Escrituras enseñan que es posible que el orgullo de tu corazón te engañe (Jr 17:9; 49:16; Abd 3). El orgullo es la máscara que se pone el corazón. Impide el *verdadero* conocimiento propio —el reconocimiento de que el corazón es engañoso y que está equivocado cuando aparenta tener la razón—. Como el corazón engañado cree que es bueno, tiende a tratar con displicencia y astucia los aspectos desagradables de sus planes, propósitos, intenciones y motivaciones al resaltar sus aspectos más respetables y honrosos. Observamos esta clase de autoevaluación en el cristiano que comete pecado sexual en ocasiones, pero, en su arrogancia, se evalúa a sí mismo según la multitud de las «buenas» obras que hace para servir al Señor.

Puesto que no eres apto para evaluar con precisión tu corazón, debes procurar entender la verdad de la que habló Salomón: «El SEÑOR sondea los corazones». La penetrante verdad de las Escrituras respecto al corazón sensual puede verse en las palabras de Jesucristo cuando enseña que el corazón del adúltero y el del codicioso son iguales (Mt 5:27-28). El adúltero ha puesto por obra sus

fantasías, y el que mira con lujuria no lo ha hecho... pero ambos son iguales a los ojos de Dios. No hay diferencia importante entre ambos. Es peligrosamente fácil presuponer la justicia propia... hasta que, a través de las Escrituras, le echas un vistazo honesto a tu corazón. Dios es Aquel que en verdad ve tu corazón y todas sus intenciones (1 S 16:7; Jr 20:12). ¿Qué ve Dios cuando mira tu corazón? Cuando Dios, por medio de Su Palabra, revela las actitudes pecaminosas y las suposiciones arrogantes de tu corazón, tus supuestas obras piadosas pierden su credibilidad. Se revela lo que estas obras son en verdad: un intento desesperado por excusar y por encubrir deseos sensuales secretos.

La tendencia natural del corazón a juzgarse de manera favorable es un grave problema, no solo para el pecador abiertamente autocomplaciente, sino también para el cristiano más sincero y consagrado. Por ejemplo, ¿qué piensas de ti mismo cuando lees la amonestación de Pablo: «Acepten al que es *débil en la fe*, pero no para juzgar sus opiniones» (Ro 14:1)? Habiendo sido líder de varios estudios bíblicos a lo largo de los años, he escuchado muchos debates sobre este versículo que demuestran que los creyentes, inevitablemente, se consideran a sí mismos el cristiano *fuerte*. En el estudio bíblico, ¡*todos* son el cristiano fuerte! O por lo menos así parece. La opinión prevalente es que alguien más es el cristiano débil. Esta ilustración refuerza la verdad de que el corazón tiende a ser ciego, a sabiendas de sus propias debilidades y pecaminosidad, presentándose a sí mismo de la manera más favorable posible.

Esta tendencia está personificada en el individuo que, cuando es descubierto en algún pecado flagrante, de inmediato señala a otro que ha cometido un pecado aún peor. No tienes que buscar mucho para encontrar a alguien que ha hecho algo más atroz que tú. La persona que adopta esta clase de razonamiento y que persevera en él vive con un estándar de bondad cada vez menor en su mente. Su propia medida de justicia, elaborada por él mismo, acabará transformándolo en la persona más despreciable y malvada que haya existido. Con esta clase de mentalidad, casi todo

individuo pueden sentirse bien consigo mismos porque, al menos, parecen ser mejores que las peores personas que han existido. Pero ¡esa no debe ser la regla de fe y práctica cristiana! Más bien, el Señor Jesucristo es el juez de lo que es bueno y correcto para el cristiano; Él es el Dios hombre-perfecto, sin pecado y santo a quien buscamos agradecer, imitar y adorar (Fil 3:12-16). El corazón de esta persona, sin embargo, lo ha llevado a establecer para sí un estándar menor que la exigencia de Jesús. ¡Verdaderamente no puedes fiarte de tu corazón!

¿CÓMO PUEDES CONOCER TU PROPIO CORAZÓN?

¿Cómo es que un cristiano llega a confiar a ciegas en su propio corazón engañoso... incluso por encima de la autoridad y la perfección de Cristo? La persona que confía en su corazón asume que en verdad lo conoce. Esto nos lleva a la siguiente pregunta: ¿qué tan bien conoces tu propio corazón? Ya que el carácter y los deseos de tu corazón te dirigen en toda actividad y decisión importante en la vida, esta es una pregunta vital. Por ejemplo, sería necio confiarle el cuidado de un niño pequeño a alguien que no conoces bien; no sería sabio depositar los ahorros de toda tu vida con alguien desconocido; y es poco probable que comas, bebas o te mediques con sustancias de una fuente incierta. Entonces, cuando se trata de los asuntos del corazón, ¿por qué supones que conoces a tu corazón lo suficiente como para confiarle asuntos vitales y trascendentales para tu vida y bienestar? Esta suposición es especialmente peligrosa porque la Biblia demuestra que tu corazón no te proporcionará la información más confiable sobre ti mismo y que incluso te mentará para que te engañes a ti mismo.

EN LA ESCUELA DIVINA DE ESTUDIOS DEL CORAZÓN

Habiendo visto en las Escrituras que el Señor Dios conoce nuestro corazón, profundizamos más en Su Palabra para obtener un

conocimiento propio verdadero. Hasta aquí, hemos destacado que el corazón...

- Está oculto en lo profundo y es sumamente astuto. «Como aguas profundas es el consejo en el corazón del hombre, y el hombre de entendimiento lo sacará» (Pr 20:5).
- Es deshonesto, calculador y engañoso. «La persona indigna, el hombre malvado, es el que anda con boca perversa, el que guiña los ojos, el que hace señas con los pies, el que señala con los dedos, el que con perversidad en su corazón, continuamente trama el mal, el que siembra discordia» (Pr 6:12-14); «¿Quién puede decir: “Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado”?» (Pr 20:9).
- Se favorece a sí mismo. «Todos los caminos del hombre son limpios ante sus propios ojos, pero el SEÑOR sondea los espíritus» (Pr 16:2); «Todo camino del hombre es recto ante sus ojos, pero el SEÑOR sondea los corazones» (Pr 21:2).
- Es engañoso. «En cuanto al terror que infundías, te ha engañado la soberbia de tu corazón» (Jr 49:16); «La soberbia de tu corazón te ha engañado» (Abd 3).
- Es visto por Dios. «Porque Dios no ve como el hombre ve, pues el hombre mira la apariencia exterior, pero el SEÑOR mira el corazón» (1 S 16:7); «Oh SEÑOR de los ejércitos, que pruebas al justo, que ves las entrañas y el corazón» (Jr 20:12).

Dios va más allá de solo describir el corazón humano; nos revela lo que ve para mostrarnos lo que nosotros no podemos percibir. A menudo, hace esto por medio de la adversidad, las pruebas y el sufrimiento. Cuando comienzas a ver tu corazón a la luz del esto, el resultado es revelador y humillante.

Considera por qué Dios hizo a Israel pasar por cuarenta años de sufrimientos en el desierto. Él lo explica de esta manera: «Y te acordarás de todo el camino por donde el SEÑOR tu Dios te ha

traído por el desierto durante estos cuarenta años, para humillarte, *probándote, a fin de saber lo que había en tu corazón*, si guardarías o no Sus mandamientos» (Dt 8:2). Dios no los hizo pasar por tantas dificultades para que *Él* pudiera entender lo que había en su corazón. *Él* es omnisciente; por tanto, ya lo sabía (Sal 94:11; 139:4). Queda claro que los hizo pasar por un período tan atribulado para que *ellos* supieran lo que había en sus corazones

Los israelitas, al igual que nosotros, pensaban que ya conocían su propio corazón. Esta presuposición arrogante era engañosa; entender las motivaciones profundas del corazón comienza con una actitud decidida y convencida de humildad. Israel necesitaba que alguien le quitara esa venda de orgullo que le cegaba, y se requirió de cuarenta años de tribulación para lograrlo. Esto sugiere que la humildad, más que un *destino*, suele ser un *proceso* de aprendizaje progresivo. Las pruebas, las dificultades y las aflicciones prueban tu vitalidad espiritual y revelan las imperfecciones ocultas de tu corazón. Nuestro prueba el corazón de esta manera (Pr 17:3). ¿Por qué Dios hace esto? Porque las dificultades te obligan a examinar tu corazón de forma honesta y realista.

LECCIONES DE LA VIDA DEL REY DAVID

Después de que la deshonra secreta que el rey David cometió con Betsabé fue revelada por el profeta Natán, David explicó por qué era necesario que se descubriera su pecado: «Tú deseas la verdad en lo más íntimo, y en lo secreto me harás conocer sabiduría» (Sal 51:6). Dios anhela que haya verdad en lo más íntimo de tu ser. Pero tu corazón secreto es necio por naturaleza, y desconoce la sabiduría. Unos versículos más adelante, David explica por qué es importante que Dios te haga pasar por las dificultades de estas pruebas: «El sacrificio que sí deseas es un espíritu quebrantado; tú no rechazarás un corazón arrepentido y quebrantado, oh Dios» (Sal 51:17, NTV). Tu corazón necesita ser quebrantado para dejar de ser falso. Cuando la adversidad al fin te humilla, estás dispuesto a examinarte de forma más honesta, sin importar las consecuencias. Esta clase de

angustia revela una perspectiva más clara de las verdaderas motivaciones e intenciones de tu corazón.

El resto de este libro no tendrá el impacto necesario sino hasta que tu corazón haya sido quebrantado por tus pecados secretos. Un corazón destrozado por el duelo y la tristeza a la luz del pecado es el prerrequisito para un cambio real y sustancial. Si te preocupan más las consecuencias de reconocer tu propio pecado que la pureza de tu propio corazón, no estás listo para cambiar. David quedó tan quebrantado por la atrocidad de su pecado secreto que exclamó: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí» (Sal 51:10). Él sabía lo que tú necesitas saber: que no es suficiente un cambio meramente externo o conductual. Es el corazón lo que necesita cambiar.

En otra ocasión, David, reconociendo la astucia de su corazón y sus intenciones secretas, hace esta pregunta vital: «¿Quién puede discernir sus propios errores? Absuélveme de los que me son ocultos» (Sal 19:12). David se angustia porque sabe que hay fallas dentro de sí que él no puede ver. En el contexto del Salmo 19, la respuesta es clara: es solo Dios quien puede en verdad discernir... es decir, quien puede revelar los errores y las faltas secretas del hombre. La humanidad puede hacerlo solo al prestar suma atención a la Palabra de Dios (Sal 19:7-11). Estos errores «ocultos» son los aspectos cruciales y ausentes del conocimiento propio que están profundamente escondidos en el corazón. Con el tiempo, David aprendió que no podía confiar sus inclinaciones. ¿Por qué? Porque están ocultas bajo capas de justicia propia.

Considera la historia general de la vida de David en el libro de 2 Samuel. Al leer los primeros diez capítulos, parece que todo lo que hace David es un éxito rotundo. Podrías compararlo con el personaje del rey Midas en la mitología griega; todo lo que tocaba se convertía en oro. En 2 Samuel, capítulos 1 al 5, David sale victorioso en la guerra civil de Israel y logra suceder a Saúl como rey. Esto lo ayuda a establecer su tremenda popularidad como el rey de Israel que pelea y gana batallas imposibles. Sin embargo, a manera de paréntesis, el texto agrega: «Y comprendió David que el

SEÑOR lo había confirmado por rey sobre Israel, y que había exaltado Su reino por amor a Su pueblo Israel» (2 S 5:12). Algunos traductores, con el fin de resaltar la connotación del texto hebreo, escriben: «Entonces David se dio cuenta de que el SEÑOR lo había confirmado como rey de Israel» (NTV). ¿Podiera ser que en este momento el orgullo de la justicia propia haya comenzado a echar raíz en el corazón de David por lo que había logrado? ¿Supuso falsamente que él era más especial a los ojos de Dios porque había sido elegido como rey de Israel? Es difícil dar una respuesta a estas alturas del relato, pero la historia continúa. De los capítulos 5 al 7, él derrota a las fuerzas que ocupaban Jerusalén y lleva el arca del pacto a su nueva capital. Es entonces que recibe el pacto de parte de Dios (2 S 7:8-17). Israel al fin está unificado y cuenta con el liderazgo de un rey que es un hábil comandante militar. David parece gozar de la bendición única de Dios sobre todo su reino. Después de esto, se dedica a pelear contra los enemigos restantes de Israel (capítulos 8–10). Derrota a los filisteos, a los moabitas, a los sirios, a los edomitas y a los amonitas. No hay batalla que David pierda; gana contundentemente cada batalla en la que participa. Después de todo esto, David se toma unas vacaciones de la guerra (2 S 11:1). Envía a su ejército a pelear sus batallas bajo su competente comandante, Joab, y David se queda en Jerusalén para relajarse. Después de esforzarse tanto y de ganar tantas batallas, David de seguro creía que se merecía unos días libres.

La segunda mitad de 2 Samuel es radicalmente diferente y cambia de celebraciones y victorias a tragedias y desalientos devastadores. Esto comienza a la mitad del capítulo 12, cuando un hijo pequeño de David muere poco después de nacer. En el capítulo 13, Absalón, otro hijo de David, mata a su hermano Amnón por haber violado a su media hermana, Tamar. Luego, Absalón traiciona a su padre e incita una sangrienta guerra civil para arrebatarse el reino. Esto obliga a David a huir de Jerusalén para salvar su vida, perseguido por aquel hijo a quien tanto amaba. En los capítulos 14–19, Absalón al fin es capturado y asesinado por hombres fieles a David, pero él se duele por la pérdida de su amado

hijo. En el capítulo 20, se levanta otra rebelión sangrienta, peor que la de Absalón, conocida como la sublevación de Seba, la cual Joab se ve forzado a apagar. David finalmente llega al final de su reinado y pelea de nuevo contra los filisteos. En lugar de obtener una gran victoria como la que obtuvo sobre Goliat, sin embargo, David se cansa y necesita ser rescatado. Son otros quienes tienen que ganar la batalla aquel día (2 S 21:15-22). Finalmente, en el capítulo 22, David escribe un salmo de la liberación del Señor, en lugar de un salmo que relate su gran victoria. Se ha vuelto un hombre humilde y quebrantado. ¿Cuál fue el momento decisivo en la vida de David? Ocurre en los capítulos 11 y 12. ¡Es el pecado de David con Betsabé! Además de acostarse con una mujer que no es su esposa, al descubrir que ella está embarazada mientras su esposo está lejos y peleando en la guerra del rey, David conspira para ocultar el hecho. Si se daba a conocer el embarazo de Betsabé, ella quedaría deshonrada por engañar a su marido. De manera que David trama un plan para que Urías regrese a casa del frente de batalla para acostarse con su esposa, con la intención de que parezca que el bebé es de él. Pero cuando Urías se niega a abandonar sus responsabilidades como buen soldado, el plan de David se ve frustrado. Urías no podía gozar de su cómodo hogar y de su bella esposa mientras el arca del pacto, Israel y Judá siguieran viviendo bajo tiendas. Esto es incluso más increíble porque Urías era hitita: un gentil convertido al judaísmo. Este extranjero estaba más preocupado por la honra que el Señor recibía en Israel que el propio rey judío de la nación. Cuando el primer plan de David se ve frustrado, él procede a colocar a Urías en el frente de batalla para garantizar su muerte. Homicidio —¡sí, homicidio!— es lo que se concibe en el corazón de David para encubrir su pecado sexual. Este plan tuvo éxito (2 S 11:17), y David creyó que había logrado encubrir su crimen.

Un deseo sexual secreto en el corazón de David, ahora puesto por obra, se convirtió en el momento decisivo de su vida. Antes de su pecado con Betsabé, él había hecho numerosas concesiones en su vida (p. ej.: 2 S 3:1-4; 5:13). Tuvo seis hijos con seis esposas

diferentes. Coleccionó en su harén a muchas concubinas aunque Dios les había advertido a los futuros reyes de Israel que tomaran muchas esposas: «Tampoco tendrá muchas mujeres, no sea que su corazón se desvíe» (Dt 17:17). Fue el orgullo de David lo que lo llevó a ignorar los mandatos de Dios. Él creía en su propia justicia, lo cual motivó sus concesiones pecaminosas, su adulterio y, finalmente, su homicidio. Antes de su pecado con Betsabé, David era el héroe de Israel, pero después se convirtió en un rey débil y digno de lástima. ¿Cuál fue el meollo de su problema? Confió en su propio corazón aunque sus anhelos pecaminosos estaban escondidos bajo varias capas de orgullo, manipulación y justicia propia.

Los deseos sensuales se esconden engañosamente en el corazón. A menudo, se excusan o se justifican cuando la persona tiene poder, prestigio o riquezas: cosas que le permiten satisfacer sus fantasías provocadoras. Muchos otros que no tienen gran influencia ni riquezas tienen los mismos deseos sensuales pero no los medios para satisfacerlos. Puede que se engañen con pensamientos de justicia propia, creyendo que son mejores que aquellos que han tenido la oportunidad de satisfacer sus pasiones secretas, cuando la verdad es que, si ellos tuvieran la misma oportunidad, serían igual de rápidos en satisfacerlas. En verdad, no son mejores que los primeros. Recuerda que Jesús dijo que el corazón del lujurioso es igual que el del adúltero. El principal fracaso recurrente aquí es no tomar en serio la condición pecaminosa del corazón autocomplaciente, sea que la lujuria se ponga por obra o no.

LA CATÁSTROFE DE CONFIAR EN TU PROPIO CORAZÓN

Los sucesos trágicos de la vida del rey David se han repetido en incontables ocasiones en la vida de muchos hombres y mujeres a lo largo de los siglos. Similar a la historia de David, tenemos la de un cristiano que dirigía un negocio gigantesco y tremendamente rentable. A los ojos del mundo, este hombre era un éxito rotundo en todo lo que hacía. Él, su bella esposa cristiana y sus cinco hijos

maravillosos asistían a una gran iglesia cada semana. ¿Qué más podía desear un hombre? Su vida entera cambió, sin embargo, el día que fue arrestado por la policía por haber contratado a una prostituta que resultó ser una oficial encubierta de la policía. Al día siguiente, esta devastadora revelación se convirtió en la historia principal de todos los noticieros locales. Estos programas arrastraron su nombre, el de su familia, el de su negocio y el de su iglesia por el suelo. Sus hijos, avergonzados, se negaron a regresar a la escuela. Las ventas de su empresa disminuyeron en un 85 % en una sola semana, provocando el despido de varios de sus empleados. Después de varios meses, el banco incautó el negocio y la casa. Al cabo de varios meses, los bancos embargaron su negocio y su casa.

Todo esto ocurrió a pesar de que se arrepintió por completo delante del Señor, de su esposa y de sus hijos. El arrepentimiento no siempre te libra de las consecuencias de tu pecado. En la consejería bíblica en su iglesia, confesó haber tenido fantasías sexuales secretas durante años que nunca había puesto por obra. Estas pasiones ocultas habían echado raíces profundas en su corazón, disfrazándose hábilmente de momentos inocentes para escapar del estrés y las presiones. No fue sino hasta que tuvo los medios y la oportunidad, a través de su productivo negocio, que pudo satisfacer sus placeres secretos. Sus años de pecados sensuales secretos terminaron por costarle muchísimo. ¡Al igual que David quedó completamente destrozado!

Por supuesto que estos pecados devastadores del corazón no se limitan a los hombres. Una cristiana joven se comprometió con un maravilloso hombre cristiano. La mayor de cuatro hermanos, ella provenía de una excelente familia cristiana; sus tres hermanos menores la admiraban. Se destacó tanto en lo deportivo como en lo académico durante la universidad. Su prometido estudiaba una prestigiosa maestría en leyes. Dos meses antes de su graduación, y tres meses antes de la boda, una joven que vivía en el mismo dormitorio confesó abiertamente haber mantenido una relación homosexual con ella. Cuando sus amigos cristianos la confrontaron, esta joven prometida confesó entre lágrimas su pecado. Sus padres y sus

hermanos quedaron atónitos al escuchar la noticia. Perdió su beca deportiva, y su promedio académico sufrió muchísimo ese último semestre. En deshonra, abandonó la universidad con su testimonio cristiano arruinado. Su prometido quedó devastado y le puso fin a la relación cuando se enteró. Cancelaron la boda. Más tarde, durante el proceso de consejería, ella reveló que estas tendencias eran algo que había ocultado durante años y que, en su propia mente, siempre había justificado como una curiosidad inocente. Pero había permitido que la influencia de la cultura mundana alimentara y cultivara su curiosidad sexual hasta que tuvo la oportunidad de explorarla ella misma en el dormitorio. ¿Cómo pudo haber renunciado a tanto como cristiana? La respuesta a esta pregunta sigue siendo que ella había permitido y hasta cultivado estas fantasías sexuales en su corazón por mucho tiempo. La mente es como un jardín; todo lo que permites crecer y lo que cultivas produce, a su tiempo, fruto en tu comportamiento (Gá 6:7).

En estos ejemplos, presuposiciones peligrosas de confianza propia condujeron a fracasos morales increíbles. Ninguno de los dos individuos planeó caer en los pecados externos de adulterio y de lesbianismo cuando comenzó a tener pensamientos sexuales. Ambos estaban convencidos de que eran cristianos fuertes... lo suficientemente fuertes como para resistir ceder a este tipo de tentaciones. Este es un error fatal en la perspectiva del creyente, un error grave de cálculo respecto a la pureza del corazón. El apóstol Pablo entendía que estas suposiciones pueden ser engañosas y hasta destructivas. Él no confiaba en su propia conciencia (es decir, en su corazón). Confesó lo siguiente a los creyentes de Corinto: «Porque no estoy consciente de nada en contra mía. Pero no por eso estoy sin culpa, pues el que me juzga es el Señor» (1 Co 4:4). En otras palabras, él no estaba consciente de ningún mal ni pecado sin confesar en su vida en ese momento, pero eso no significaba que fuera inocente. Su tendencia natural a aprobarse a sí mismo con facilidad podría haberlo cegado en cuanto a sus propias faltas. Solo Dios es capaz de ser el juez definitivo. A diferencia de la mayoría de las personas en nuestra cultura actual, Pablo desconfiaba, con justa

razón, de su propio corazón. El corazón humano está lleno de justicia propia (Gn 8:21; Pr 16:5). ¡No puedes confiar en tu corazón! Su capacidad de diagnosticarse a sí mismo está totalmente corrompida por el engaño del pecado (Pr 20:9). La justicia de Cristo es el único estándar de pureza. Al igual que el humilde deseo del rey David después de su fracaso, debe haber un profundo anhelo por una pureza de corazón probada (Sal. 26:2).

La insidiosa justicia propia del corazón y su engañosa convicción de su propia bondad se exponen frecuentemente al presentarse situaciones imprevistas, provocando reacciones automáticas e irreflexivas. Estas palabras y acciones accidentales revelan la falsa presunción de la inocencia del corazón. Después de que David fue ungido como rey de Israel, consolidando a Israel como una nación unificada y poniéndole fin a una amarga guerra civil, los filisteos decidieron atacar. Con la ayuda del Señor, David logró una victoria gloriosa sobre ellos (2 S 5:17-25).

Celebrando y regocijándose, David ordenó que el arca de Dios fuera transportada a Jerusalén. El arca fue colocada sobre un carro recién fabricado y tirado por bueyes, aunque la ley del Antiguo Testamento exigía que el arca sagrada fuera transportada por los hijos de Coat (Nm 3:30-31; 4:15; 7:9). Durante el transporte, llegaron a una zona de terreno desigual cerca de la era de Nacón, lo cual provocó que los bueyes tropezaran y el carro se ladeara. Cuando el arca comenzó a caerse, un hombre llamado Uza (tal vez el nieto de Abinadab, el encargado de guardar el arca; cf. 1 S 7:1) extendió la mano para sostenerla y evitar que se cayera (2 S 6:6). En este momento, Uza creyó estar haciendo lo correcto. Él creyó que sus acciones evitarían que el arca se rompiera o se ensuciara con aquel terreno impuro. Para nuestra sorpresa, sin embargo, las Escrituras afirman en 2 Samuel 6:7: «Y se encendió la ira del SEÑOR contra Uza, y Dios lo hirió allí por su irreverencia; y allí murió junto al arca de Dios». Esto es alarmante si consideramos las intenciones piadosas de Uza.

¿Por qué se enojó tanto el Señor con Uza? ¿Qué nos revela la respuesta del Señor sobre el corazón de Uza? La fulminante

acción del Señor consideró el acto como una ofensa capital a pesar de que Uza estaba convencido de que estaba haciendo algo bueno. David mismo se enojó por lo que sucedió, tanto que nombró aquel lugar Pérez Uza (2 S 6:8). La frase en hebreo significa literalmente «¡estallido contra Uza!». Es posible que David se haya enojado consigo mismo por permitir tal descuido al transportar el arca en un carro tirado por torpes animales. Pero eso no aclara el asunto de la ira del Señor contra Uza. Para la mente contemporánea, la acción del Señor parece totalmente injusta, pero no es así en lo más mínimo. El Señor dictó la sentencia de muerte contra Uza por causa de su falsa confianza en su propia bondad. Uza tuvo la audacia de creer que su mano era más sagrada que el polvo de la tierra. Él supuso que era mejor y más santo de lo que era en realidad. Los israelitas debían tratar el arca como un objeto perfectamente sagrado; nadie debía tocarlo, bajo pena de muerte (Nm 4:15, 19-20). La falsa confianza de Uza en su propia justicia, confirmada por sus buenas intenciones, lo traicionó. Si hubiera creído en su corazón que nadie era digno de ayudar al Señor y que su violación del mandato de Dios profanaría el arca, no se hubiera atrevido a tocarla. Su actitud hacia la bondad de las intenciones de su propio corazón se volvió letal. Su corazón lo había engañado.

El que cree en la bondad de su propio corazón es un necio. El que cree que el corazón es una guía confiable para la vida es un necio. La doctrina bíblica de la depravación total significa que cada intención, cada plan y cada propósito del corazón, sin importar lo bueno que parezca ser, está manchado por el pecado. Esto no significa que el corazón sea tan malo como podría serlo. Cada corazón tiene la capacidad de empeorar. Lo que sí significa es que sabemos que el corazón no es digno de confianza dada su perspectiva pecaminosa contra Dios en todo aspecto de sus anhelos. Incluso el corazón del creyente no es del todo confiable. El apóstol Pablo no confiaba en su propio corazón (1 Co 4:4), y el escritor bíblico a los hebreos escribe: «Tengan cuidado, hermanos, no sea que en alguno de ustedes haya un corazón malo de incredulidad, para apartarse del Dios vivo» (He 3:12).

Pablo le escribe al joven pastor Timoteo respecto a su cuidado celoso del rebaño en Éfeso, para que pueda evitar disputas y discusiones interminables con maestros de falsa doctrina: «Huye, pues, de las pasiones juveniles [en el contexto: el impulso de argumentar] y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que invocan al Señor con un corazón puro» (2 Ti 2:22). Si el corazón de Timoteo fuera confiable, la advertencia de Pablo sería innecesaria. Pero el apóstol entendía tanto la tendencia pecaminosa de su propio corazón como las tendencias de Timoteo. Como pastor teólogo joven y apasionado, Timoteo tenía la tendencia a discutir con estos falsos maestros. Le sería fácil justificar su propia motivación como algo bueno. Después de todo, quiere corregir a estos hombres desde la perspectiva de su mala doctrina y librar a la iglesia de su influencia. Al igual que las de Uza, las intenciones de Timoteo parecían ser buenas. Pero uno no se gana a otros para los propósitos de Dios a través de disputas y debates (2 Ti 2:23-26). Así no actúa el Señor, aunque puede parecer razonable para la mente humana.

EL CORAZÓN NECESITA PERDÓN Y TRANSFORMACIÓN

El creyente luchará contra los malos deseos de su corazón. Esta es una verdad que los teólogos han entendido durante mucho tiempo. Antes de que una persona crea en Cristo, su corazón está totalmente dedicado al pecado, es plenamente depravado y tiene una necesidad absoluta de perdón y redención (Ro 4:3-8; Col 2:13-14). Tal persona no es capaz de agradar a Dios de corazón. Cuando Dios perdona y redime al incrédulo, los teólogos lo llaman *perdón judicial* porque la relación principal del incrédulo con Dios es la de un acusado con un Juez. Cuando la persona se vuelve creyente, sin embargo, todavía necesita perdón de pecados específicos. Los teólogos lo llaman *perdón paternal* porque el creyente ahora es miembro de la familia del Señor; Dios es el Padre amoroso del creyente.

Cuando los creyentes pecan, no quedan eliminados de la familia, sino que sufren de una disciplina temporal debido a la corrección de Dios (Pr 13:15b, 21; Mt 6:12; He 12:5-11). Estos son pecados que provienen de un corazón pecaminoso que ha sido redimido pero aún sufre de lujurias y deseos equivocados. Ya que este es un corazón que ha sido justificado en lo judicial y está unido a Cristo, es a los ojos de Dios perfectamente santo a través de la justicia perfecta de Cristo. Sin embargo, desde una perspectiva terrenal, está en proceso de volverse más como lo que ya ha sido declarado ser en Cristo. El corazón sigue creciendo, cambiando y asemejándose más a Él a través de la santificación progresiva, aunque sigue luchando contra lujurias y deseos equivocados por doquier. La batalla interna del pecado en el corazón es una realidad para el creyente. Para el incrédulo, no hay batalla real porque su corazón aún no ha sido ni redimido ni consagrado a Dios. Sigue en esclavitud a su propio pecado y no hay vida en él que motive la batalla.

El escritor a los hebreos describe así la obra de Dios en la vida del creyente: «Porque por una ofrenda Él ha hecho perfectos para siempre a los que son santificados» (He 10:14). Cuando escribe que Dios ha hecho a los creyentes «perfectos para siempre» (tiempo perfecto, modo activo del verbo τελειώω), se está refiriendo a la *santificación judicial* en Cristo. Esta es la salvación del creyente. Todo pecado pasado, presente y futuro es pagado y expiado por Jesucristo. Cuando el autor se refiere a los creyentes como «los que son santificados», cambia a un tiempo presente (tiempo presente, modo pasivo del verbo ἀγιάζω). Esta es la *santificación paternal* en Cristo. Una vez que el creyente es salvo, Dios no ha terminado. Sigue santificándolo para hacerlo más semejante a Cristo. Es la naturaleza misma de Dios el terminar la tarea (Nm 23:19; Is 55:11). Él no abandona al creyente ni deja incompleta la responsabilidad de la santificación. Dios se encargará de llevarla a buen término al revelar los deseos malignos del corazón, produciendo arrepentimiento y un corazón limpio hasta que los anhelos del creyente sean los anhelos santos de Dios.

LA VERDADERA NATURALEZA DEL CORAZÓN

¿Cuál es la naturaleza de la persona que, a pesar de declararse cristiana, sigue albergando anhelos malignos conocidos en su corazón? Dado el carácter de Dios y Su obra constante de santificación en la vida del creyente, tal persona tiene justa razón para cuestionar si es un creyente genuino (2 Co 13:5). El verdadero creyente que persevera en los deseos lujuriosos de su corazón vivirá miserable bajo la disciplina de Dios. Esta disciplina tiene la intención de abrir sus ojos a la verdad de sus anhelos ocultos del corazón y de guiarlo al arrepentimiento y a la purificación de esos deseos —de una vez por todas— en su vida.

La experiencia de alguien que solo profesa ser cristiano será otra. Con el paso del tiempo, se sentirá cada vez más cómodo con su pecado dado el endurecimiento de su corazón y de la cauterización de su conciencia. Cualquier infelicidad o miseria es el resultado de circunstancias difíciles que son consecuencia natural de estar viviendo en pecado, no porque esté desagradando a Dios. Puede que su cónyuge haya descubierto su vida de fantasías secretas y sórdidas, y su hogar ahora sea un lugar de conflicto y de infelicidad. La persona no regenerada, sin importar las dolorosas presiones externas, seguirá obedeciendo a estas imaginaciones sensuales que ha llegado a anhelar. A través del engaño de su propio corazón, este falso creyente se distanciará, escondiéndose en el mundo secreto de sus lujurias para escapar cómodamente de la mirada crítica de los familiares y amigos cristianos que desapruban su conducta. No hay en él una verdadera motivación de cambiar porque en realidad no está viviendo para glorificar a Cristo. Habiéndose entregado a sus lujurias, vive única e intensamente para su propio placer. Si dice ser cristiano, será por orgullo, por encajar en la sociedad o porque teme la muerte y el infierno. Si eres esta clase de persona, las verdades bíblicas de este libro no producirán en ti el cambio que necesitas hasta que te arrepientas de corazón y pongas tu confianza solo en Cristo como tu Salvador y Señor. Toma tu Biblia y lee los Evangelios de Marcos y de Juan.

¡Necesitas conocer a Jesucristo y convertirte en un verdadero seguidor Suyo!

En marcado contraste, el creyente genuino se dolerá por los deseos impuros de su corazón. Los placeres del pecado son breves para aquel que en verdad está «en Cristo» (2 Co 5:17). Su miseria surgirá de un sentimiento interno de culpa y de saber que está viviendo una vida que desagrada al Señor que profesa amar. Aunque se hunda en lo profundo pecado, peleará contra él a cada instante. Su mayor desaliento se encuentra en su aparente incapacidad de vencer la tentación y el pecado serios. Su debilidad lo entristece, y busca ayuda incluso cuando parece estar atado por las cuerdas de su iniquidad. Si eres este cristiano miserable, a quien el Señor está convenciendo de pecado en este mismo momento, este libro es para ti, para darte esperanza y transformación bíblica. Tu *deseas* un corazón puro gracias al Espíritu de Dios que mora en ti, pero también debes *buscarlo* (Mt 5:8; He 12:14).

Dios en Jesucristo te dará la gracia que necesitas para la purificación de tu corazón (Pr 3:34). Tal como sugerí antes, sin embargo, la gracia no llegará sin quebrantamiento. «Por eso dice: “Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes”» (Stg 4:6). Tu alma debe estar abrumada por tu maldad y tus impurezas antes de que pueda producirse un cambio real en tu corazón y en tus anhelos. Si no está presente este quebrantamiento delante de Dios (no solo delante de los hombres), debes clamar a Dios para que restaure la sensibilidad de tu conciencia, la cual ha quedado cauterizada por el pecado repetido que no has confesado. Este es un prerrequisito vital para una renovación sustancial del corazón.

Por tanto, sométanse a Dios. Resistan, pues, al diablo y huirá de ustedes. Acérquense a Dios, y Él se acercará a ustedes. Limpiesen sus manos, pecadores; y ustedes de doble ánimo, purifiquen sus corazones. Aflíjense, láméntense y lloren. Que su risa se convierta en lamento y su gozo en tristeza. Humíllense en la presencia del Señor y Él los exaltará. (Stg 4:7-10)

El corazón quebrantado por su propio pecado es un corazón humillado. Es un corazón que se preocupa por lo ofensivo que es para la santidad del Señor y ahora está listo para un cambio verdadero y permanente. Tal corazón se ocupa con todas sus fuerzas a eliminar los deseos pecaminosos que lo dominan. Esto debe ser cierto de tu corazón antes de que puedas seguir adelante.

EL ARREPENTIMIENTO DE CORAZÓN: ¿LA TRISTEZA PIADOSA O LA TRISTEZA DEL MUNDO?

Debemos hacer una distinción importante entre sentirnos mal por la impureza de nuestro propio corazón y estar quebrantados por ello. Un marido puede sentirse horrorizado y avergonzado porque su esposa ha descubierto pornografía secreta en su computadora o teléfono celular. Pero, ¿se siente mal porque lo descubrieron, o está quebrantado por su pecado? Una esposa puede haber sido descubierta engañando a su marido. Pero, ¿está enojada por el descubrimiento? ¿Se lamenta y se duele en lo profundo por cómo su pecado ha lastimado a su esposo y a sus hijos, o se siente destrozada por haber deshonrado al Señor Jesús? Un pastor entristecido puede confesar haber tenido una relación homosexual una vez que se descubre la evidencia. Pero, ¿está en seria angustia y depresión por haber perdido su lugar de honor, su posición en la iglesia y a su familia, o está su corazón verdaderamente quebrantado por su pecado? Podríamos relatar muchas más historias como estas. La parte culpable a menudo manifiesta cierto dolor por su pecado, pero no es un dolor conforme a Dios; no está quebrantado de corazón. Es vital entender la distinción espiritual necesaria entre la *tristeza del mundo* y la *tristeza conforme a la voluntad de Dios*. «Porque la tristeza que es conforme a la voluntad de Dios produce un arrepentimiento que conduce a la salvación, sin dejar pesar; pero la tristeza del mundo produce muerte» (2 Co 7:10). La terminología original de este versículo demuestra que el verdadero arrepentimiento pertenece al ámbito de la verdadera salvación. La tristeza o el dolor del mundo no puede arrepentirse porque carece de la gracia regeneradora que ablanda y quebranta el corazón.

Consideremos varios ejemplos de la tristeza del mundo en las Escrituras:

- Génesis 4 documenta el primer homicidio. Caín mata a su hermano por envidia de que Dios ha aprobado el sacrificio de Abel. Dios juzga a Caín, y este juicio es tan severo que Caín siente una angustia desmedida: «Y Caín dijo al SEÑOR: “Mi castigo es demasiado grande para soportarlo”» (Gn 4:13). Pero no se arrepiente (1 Jn 3:12).
- Esaú, el hermano mayor de Jacob, se entristeció por su descuido y negligencia hacia su primogenitura cuando la vendió por una comida momentánea. Derramó muchas lágrimas por su pérdida, pero no estaba arrepentido y quebrantado de verdad (Gn 27:34; He 12:16-17).
- Cuando la práctica de idolatría del rey Acab fue revelada por el profeta Elías, se «rasgó sus vestidos, puso cilicio sobre sí y ayunó, se acostó con el cilicio y andaba abatido» (1 R 21:27, una señal pública de remordimiento y de tristeza en la antigüedad), pero no se quebrantó ni se arrepintió, porque siguió consultando a falsos profetas (1 R 22:6).
- Después de traicionar al Señor Jesucristo, Judas se llenó de remordimiento y les devolvió las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos judíos. Incluso les confesó: «He pecado» (Mt 27:4), pero no se arrepintió. En cambio, fue y se ahorcó.

Sentir angustia, tristeza, dolor, pesar y remordimiento no es lo mismo que arrepentirse conforme a la voluntad de Dios. Aunque estas actitudes sí pueden *acompañar* al arrepentimiento genuino, no deben confundirse con él. El arrepentimiento verdadero es lo que el rey David expresa después de que el profeta Natán le revela su pecado de adulterio con Betsabé: «El sacrificio que sí deseas es un espíritu quebrantado; tú no rechazarás un corazón arrepentido y quebrantado, oh Dios» (Sal 51:17, NTV). Esta debe ser una realidad en tu corazón si ha de ocurrir una purificación genuina.

EVIDENCIAS DEL ARREPENTIMIENTO VERDADERO

La búsqueda de la pureza

¿Cuál será la evidencia de que ha ocurrido un arrepentimiento genuino en tu corazón? ¿Cómo podrás distinguir entre «la tristeza que es conforme a la voluntad de Dios» y la «tristeza del mundo»? La respuesta a estas preguntas es resumida por el apóstol Pablo después de que él contrasta los dos tipos de tristeza en 2 Corintios 7:10. En el versículo siguiente, Pablo procede a describir a la persona que tiene una tristeza y arrepentimiento conforme a la voluntad de Dios: «Porque miren, ¡qué solicitud ha producido esto en ustedes, esta tristeza piadosa, qué vindicación de ustedes mismos, qué indignación, qué temor, qué gran afecto, qué celo, qué castigo del mal!» (2 Co 7:11). Habrá fervor y anhelo por buscar la rectitud en tu vida. El arrepentimiento planta en el corazón el innegable deseo de ser proactivo al buscar la justicia y hacer el bien. Un corazón arrepentido y quebrantado no se queda estático. Está activo, buscando la pureza con audacia y agresividad. Este anhelo luego se convierte en la búsqueda de purificarte de la mancha persistente que tus pecados provocaron en ti. Esto no significa que niegues las consecuencias del pecado, sino que buscarás alejarte de cualquier asociación con pecados pasados. Al hacerlo, te esfuerzas por restaurar la confianza de aquellos que han sido lastimados o traicionados por tu pecado. Antes de tu arrepentimiento, tratabas con indiferencia y complacencia las impurezas de tu corazón, pero ahora estás alerta y consciente de cualquier pista o sugerencia de su regreso.

La presencia de una indignación justa

Otra característica de un corazón arrepentido ¡es la ira! Esto es lo que significa en este versículo la palabra *indignación*. Tu corazón se enoja por el reproche de tus malos deseos previos. Te enojas

porque los deseos pecaminosos de tu corazón han avergonzado al Señor y a Su pueblo. Esto suele conocerse como indignación justa o ira santa. Es una ira motivada por la justicia en un mundo lleno de injusticia. Puede que a veces escuches a un creyente decir en enojo: «¡No puedo creer que haya pensado eso!». La ira justa no se representa a sí misma de forma positiva; la ira farisaica sí lo hace. Si en verdad entendieras la profundidad de los deseos pecaminosos de tu corazón y tu propia fragilidad, dirías en cambio: «¡No puedo creer que no piense eso más a menudo!». Un corazón arrepentido y quebrantado se enoja con facilidad contra sus propias tendencias inherentes hacia los deseos impíos.

La búsqueda de un temor santo

Otra característica inesperada de un corazón arrepentido, según 2 Corintios 7:11, es el temor. El objeto de este temor no se menciona en este versículo, pero sí puede deducirse por el contexto. Existen dos interpretaciones igualmente válidas sobre lo que debe infundir temor en un corazón quebrantado por el arrepentimiento. La primera interpretación se basa en la segunda y concibe el temor como el miedo a repetir un pecado debido a la debilidad de la carne. Un corazón arrepentido no desea volver a pecar, pero siente temor porque conoce sus propios hábitos descuidados. La segunda interpretación sostiene que un corazón arrepentido posee una reverencia profunda y duradera por Dios que emana de un temor santo hacia Él. El Señor disciplinará y juzgará a Sus hijos por un tiempo, pero nunca los eliminará de Su familia celestial. Sin embargo, sí permitirá que afronten dificultades en sus vidas (He 12:7-11). La persona arrepentida sabe que la repreensión de Dios proviene de Su amor por Sus hijos. En el primer versículo de este mismo capítulo, Pablo profundiza su explicación: «Por tanto, amados, teniendo estas promesas, limpiémonos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios» (2 Co 7:1). Cuando Pablo habla de «la carne y del espíritu», se está refiriendo a la persona exterior (la carne)

y a la persona interior (el espíritu). Tu corazón es la esencia misma de tu persona interior.

El temor y el amor son dos lados de la misma moneda. Lo que más amas es también lo que más temes. Es como el joven que está profundamente enamorado de una jovencita. Puesto que la ama, teme hacer cualquier cosa que pudiera desagradarla. La tristeza piadosa siempre implica un arrepentimiento pleno y completo, y esto incluye un temor a Dios que surge de un amor profundo por Él. No puedes decir que amas a Dios si no temes desagradarlo. Cualquiera que ama a Dios tendrá temor de albergar en su corazón cualquier rastro de impureza sensual. Por lo tanto, Jesús afirma: «Si ustedes me aman, guardarán Mis mandamientos» (Jn 14:15). Un corazón arrepentido es un corazón bíblicamente temeroso.

Lo palpable de un anhelo profundo

Otra característica más de un corazón arrepentido en 2 Corintios 7:11 es un «anhelo» profundo (NVI); es decir, un deseo apasionado e intenso por restaurar las relaciones fracturadas y dañadas por nuestro pecado. Como creyente, el pecado daña tu relación con Dios. La afecta, pero no la elimina. Todavía tienes una relación de padre e hijo con Él como tu Padre celestial, pero la relación se ve muy afectada por esto. La conciencia de tu corazón cargado está abrumada de culpa; el arrepentimiento es el paso necesario para la restauración. Cuando te arrepientes, te esfuerzas al máximo por garantizar que tu relación con Dios se restaure a un estado mejor y más íntimo que el que tenías antes de tu pecado. Este anhelo afectará también tus intentos por restaurar cualquier relación con aquellos donde hayas provocado dolor, dificultad y alejamiento. Restablecer la confianza es como asediar una ciudad fortificada (Pr 18:19). Tu corazón quebrantado y arrepentido hará todo lo necesario, y por el tiempo que sea preciso, para reconstruir la relación. Restaurar las relaciones dañadas es el anhelo del corazón arrepentido.

Una tendencia celosa

Otra característica del corazón arrepentido es el celo. Esta característica también viene de un amor sincero por Dios y por los demás (Mt 22:37-40). Si tu corazón tiene un celo por Dios, aborrecerás a cualquier persona y cosa que lo deshonre a Él (Sal 139:21-22). Una pasión profunda por la justicia se arraigará en tu corazón; una pasión que no existía cuando racionalizabas y justificabas tus anhelos pecaminosos. Te sentirás asqueado y repelido por toda injusticia. Una pasión ardiente en tu corazón te motivará a velar por que prevalezcan la justicia y la bondad. Esta no es la defensa celosa de los derechos propios que a menudo está motivada por deseos egoístas; en cambio, es una defensa apasionada del bien de los demás y de la justicia de Dios. Un corazón arrepentido y quebrantado no es pasivo. Es activo en su celo.

Dónde tiene lugar el castigo

La última característica del corazón arrepentido en este versículo está ligada con el celo gracias a su deseo apasionado de justicia. Se traduce con la frase «qué castigo» y significa un deseo por ver que se aplique una retribución cuando es necesaria y apropiada. Esta frase a veces se traduce como un deseo por vengar el mal. Esta característica final es un aspecto crítico de un corazón que ha sido transformado por el arrepentimiento. El corazón que oculta toda clase de deseos pecaminosos y sensuales se esconde y se protege. Pero el corazón arrepentido no busca protegerse. Está tan dispuesto a ver el pecado castigado o vengado que no le importa el precio que pudiera sufrir en lo personal. El corazón está abierto a sufrir cualquier consecuencia que pudiera resultar de su pecado.

Es importante aclarar algo respecto al corazón que anhela ver castigado el pecado personal: un corazón que en verdad está arrepentido debe entender el problema teológico de la penitencia. Ciertos cristianos comienzan a autoflagelarse cuando saben que han cometido un pecado terrible. Sienten que deben pagar

alguna especie de penitencia emocional al autoimponerse algún tipo de sufrimiento. Ya sea a través de la abnegación o al obligarse a adoptar una actitud perpetua de desánimo, creen que tienen que pagarle a Dios lo que han hecho mal. Esto suele hacer que una persona se ahogue en autocompasión y adopte una actitud de víctima ante la vida. La buena teología no le permite al creyente hacer esto. Jesucristo ya ha pagado por todos los pecados del creyente (He 10:10-12). Asumir que puedes añadir un pago adicional por tus pecados mediante el sufrimiento autoimpuesto hace que el sacrificio todo suficiente de Jesucristo carezca de sentido. Es una violación espantosa de la buena teología porque socava la obra expiatoria de Cristo. Además, no será útil para prevenir pecados futuros. «Tales cosas tienen a la verdad, la apariencia de sabiduría en una religión humana, en la humillación de sí mismo y en el trato severo del cuerpo, pero carecen de valor alguno contra los apetitos de la carne» (Col 2:23). Cuando el creyente hace penitencia por su pecado personal, revela una confianza vana en la carne para obtener el favor de Dios. Esta indulgencia carnal en el sufrimiento autoimpuesto no te ganará el favor de Dios, ni será suficiente para refrenar futuras tentaciones. El arrepentimiento verdadero niega que la carne sea capaz de pagar por el pecado o de vencerlo; en cambio, siente un celo por ver la justicia de Dios en acción, incluso si esto resulta en un costo personal.

EL MEOLLO DEL ASUNTO

No puedes confiar en tu propio corazón para conocerlo. La única guía confiable para el conocimiento propio es la Palabra de Dios. Tu corazón pecaminoso no solo es difícil de entender, sino también engañoso. Te mentirá (Pr 28:26). Está lleno de excusas para justificar el pecado y es propenso a disfrazar sus motivaciones de la mejor manera. Los hombres piadosos a lo largo de las Escrituras han aprendido a desconfiar de su corazón al depender solo en la revelación de Dios para entender las motivaciones centrales del corazón (Ec 7:20). Dios es el único juez justo de tu corazón.

Cualquier deseo dominante del corazón que remplace el anhelo por amar y servir a Dios por sobre todas las cosas es un ídolo. Puede que no sea un ídolo de madera o de piedra, pero es igual de destructivo. Un *ídolo* del corazón exigirá adoración (1 Co 10:6-14). Tu corazón está lleno de voces controladoras que exigirán tu completa lealtad. Las principales entre ellas son las que despiertan tus deseos sensuales. Te prometerán satisfacción placentera, pero solo pagan con muerte (Pr 16:25). ¡Tu alma muere! ¡Tus relaciones mueren! Hasta tu cuerpo puede morir por una enfermedad de transmisión sexual. Es hora de identificar tu ídolo y de arrepentirte. El resto de este libro te ofrece la sabiduría y la revelación bíblica para descifrar los deseos impuros que dominan la adoración de tu corazón. El Señor puede purificarte de idolatría sexual si le permites al Espíritu de Dios utilizar la verdad de Su Palabra para transformar tu corazón.

PREGUNTAS DE ESTUDIO

1. Utilizando una doctrina o un ejemplo de las Escrituras, explica por qué es verdad que «la tendencia natural del corazón a juzgarse de manera favorable es un grave problema».
2. Utilizando una doctrina o un ejemplo de las Escrituras, explica por qué puede ser letal suponer «que conoces a tu corazón lo suficiente como para confiarle asuntos vitales y trascendentales para tu vida y bienestar».
3. Dios les dejó claro a los israelitas (Dt 8:2) que los hizo peregrinar en el desierto para que pudieran descubrir lo que había en su corazón. Lee los siguientes pasajes y, luego, describe lo que se reveló en el corazón de los israelitas en cada caso:
 - Éxodo 14:10-14
 - Éxodo 16:2-29
 - Éxodo 32:1-6

4. «La humildad, más que un *destino*, suele ser un *proceso* de aprendizaje progresivo». Da tres ejemplos de personas en las Escrituras cuyos pecados resultantes del orgullo demuestran esta verdad.
5. En tus propias palabras, contrasta el corazón y los deseos de alguien que solo profesa ser cristiano con los de alguien que en verdad lo es.